

LA BOTELLA :

LOS QUE ESTAN DENTRO

Y LOS QUE ESTAN FUERA

MARIA JOSE DE RIVAS

En el Estado Español, una de cada 14 personas es alcohólica, y, realmente, cuando se da este tipo de datos se pretende subrayar la amplitud y gravedad de un fenómeno. Ello es cierto en este caso, pero, además, importa señalar esa relativa "normalidad" que supone la generalidad de la conducta alcohólica. Lejos de cualquier consideración del alcohólico como sujeto anormal, raro, y, por consiguiente, problema individual o aislado, la propia cifra de alcohólicos indica claramente que se trata de una de las muchas enfermedades estructurales de la sociedad capitalista.

El grupo de los alcohólicos es un subgrupo respecto al de los bebedores de alcohol, y el hecho de beber alcohol es un comportamiento todavía más amplio dentro de esta sociedad. Se llega a ser alcohólico a partir de la bebida, y, en consecuencia, quizá lo más importante será analizar por qué se bebe. El alcohólico no es más que una persona que ha perdido la capacidad de controlarse frente al alcohol. En esa pérdida pueden influir factores físicos y psíquicos del individuo en concreto; pero el resultado alcohólico no es más que la incidencia en una persona del comportamiento social de beber.

Cuando algo ocurre en una sociedad es porque satisface o pseudo satisface una necesidad y, al mismo tiempo, proporciona alguna utilidad a quienes controlan esa sociedad. Debemos, pues, explorar en esas dos direcciones: las motivaciones —y sus eventuales causas sociales— de la persona que bebe y la utilidad que reporta a la clase dominante el que la gente beba.

¿Por qué bebe la gente? Detrás de la aparente maraña de biografías, casos y motivaciones personales parece haber algunas pocas líneas de motivaciones comunes que se corresponden con otras tantas características de la sociedad capitalista. La forma más trivial y aparentemente inofensiva es que la gente bebe para alegrarse, y entonces no es difícil preguntarse por qué para alegrarse la gente necesita beber, si es que realmente la vida en nuestra sociedad

resulta en general poco divertida. Esta bebida de ocasiones de solemne regocijo emparenta con otra motivación para beber: beber para romper las inhibiciones o, simplemente, poder relacionarse con los demás, y entonces la pregunta que surge es si no será que nuestra sociedad está basada en el bloqueo y la frustración de las personas y sus relaciones. Junto a este beber de horas libres parece haber motivaciones para beber conectadas con el trabajo: tomar unas copas para animarse a vender la enciclopedia o el aspirador al posible cliente, tomarlas detrás de la barra, quizás por sentirse distanciado de las personas del otro lado, y, simplemente, cargar las baterías para un trabajo duro y aburrido; y, en ese caso, parece que hay que plantearse si es que en general el trabajo en esta sociedad no es una experiencia básicamente desagradable, cuando no consiste en una agresión por cuenta ajena a los demás. Pero hay otras situaciones en las que beber no parece una prótesis o un agilizador de la comunión o del trabajo, sino más bien una respuesta global a toda una situación de discriminación o de rechazo social: bebe el ama de casa en el callejón sin salida que supone un proyecto de existencia reclusa y sin objetivos propios; el jubilado que se ve obligado a vivir su situación más como una declaración de inutilidad que como un descanso a un premio, o puede beber el obrero, ya que tanto su trabajo como su tiempo libre, como cualquier actividad que emprenda o desee, aparecen marcadas por una global situación de explotación y opresión. Cualquier forma de rechazo social, como de la que es víctima el homosexual, la prostituta o el gitano, es susceptible de originar una demanda psicológica de alcohol, no ya como euforizante, sino incluso como aceptación desafiante de la supuesta tendencia al "mal comportamiento" atribuida por la honorable sociedad a gentes tan reprobables.

No es demasiado difícil deducir de esta variedad y generalidad del uso del alcohol mucho más la incapacidad general de la sociedad capitalista para proporcionar un trabajo útil y creativo, unas relaciones humanas abiertas y sin miedo y un mínimo de reconocimiento de las personas como iguales, que no la existencia más o menos amplia de un vicio que pudiera ser considerado como quiste, anomalía o "comportamiento social". Precisamente la doble trampa de la sociedad capitalista está, en primer lugar, en establecer un corte radical entre el cuba-libre de la discoteca o la ronda de whiskies de los ejecutivos y el hecho del alcoholismo, para —en una segunda fase— separar a los alcohólicos del conjunto social como portadores de un virus autoinoculado del que la sociedad immaculada no se hace responsable. El alcohólico será para esta sociedad o un malvado o, en el mejor de los casos, un enfermo a proteger, nunca un producto normal de prácticas consideradas normales y de problemas profundos de esa misma sociedad. Es como si se jugase a la sociología-ficción de que podría existir una sociedad igual a ésta pero sin alcohólicos.

No hace falta insistir demasiado en el hecho de que el trabajo o las relaciones humanas podrían ser distintas y de que no nos encontramos ante las miserias del hombre, sino ante las miserias del capitalismo, es decir, de una forma, aunque no la única, de organizar la sociedad, ya que hay un par de pistas que nos refuerzan la vinculación del alcoholismo con los intereses de la clase dominante. Una, y muy evidente, es la pista económica; el alcohol ni se regala ni se tiene guardado por si alguien lo pide: se vende, proporciona beneficios, y para el caso de que la gente no se sienta espontáneamente interesada, existe una persistente publicidad que utiliza además la vinculación emocional del alcohol con toda clase de casos, desde la virilidad al patriotismo, pasando por exhibir las funciones agilizadoras de la comunicación: quedar bien con los amigos, celebrar el gol de su equipo favorito o tener una treinta y cinco millonésima participación en la moza que lo anuncia. La segunda pista es política, en el sentido más general de la palabra: el alcohol contribuye a eliminar tensiones sociales y convierte al oprimido en un sujeto ni tan pasivo que no se anime a incorporarse —al proceso de producción—, ni tan activo y lúcido como para descubrir detrás de la botella a los responsables de su miseria, que, como acabamos de sugerir, son además quienes le venden la botella.

De aquí que no sea posible una terapia social concebida como la suma de tratamientos individuales, por efectivos que éstos pudieran llegar a ser. De aquí, además, que el necesario tratamiento de las personas hoy aprisionadas dentro de la botella no pueda partir honradamente más que de su encuadre en una estrategia de liberación, lo que exige, más allá de toda tecnología de la rehabilitación, el exacto conocimiento de quién es el opresor y qué medios utiliza para conseguir la complicidad del propio alcohólico. Las posiciones objetivamente conservadoras sólo consideran esa tecnología o ese aspecto de complicidad del propio alcohólico; de ahí que globalmente sus resultados sean bien mezquinos y que respecto al alcohólico difícilmente pueden escapar a una actitud de condena o de paternalismo.

Una se pregunta si el verdadero objetivo de una lucha antialcohólica coherente, más que con "los que están dentro", no debiera ser acabar con "los que están detrás".